

Exilio

Mauricio Gómez Acevedo



22

Los grillos dejaron de hacer ruido. Marina abrió los ojos. Su esposo aún no llegaba. Miró el reloj de radio que tenía en la mesa de noche, era la 1:35 de la madrugada. Sin encender la luz, se levantó y se acercó sigilosamente a la cama de su hijo. Marina tenía veintiocho años, estaba casada con Gonzalo, con quien tenía dos hijos: Martín de siete años y Juliana, de tan solo dos. Antes de despertar a su hijo, Marina intentó escuchar en medio del silencio. De repente, a lo lejos, se oyeron unos gritos y después, los disparos.

Con los latidos de su corazón en aumento y tratando, sin éxito alguno, de apartar el miedo de su mente, Marina despertó a

Martín. Le susurró que se pusiera una chaqueta mientras ella buscaba a su hermana. El niño, aun sintiendo la resistencia de los párpados sobre sus ojos, hizo caso. Llevaban varias semanas preparándose para esa noche. Marina se acercó a la cuna y se dio cuenta de que, aunque Juliana estaba despierta, no lloraba, no emitía ningún sonido, como si esperara que su mamá la levantara, como si entendiera, más que ellos mismos, lo que estaba pasando.

Los tres se acercaron a la cocina. Marina escuchó cómo los perros de la finca empezaban a ladrar. Ella agarró el machete mientras Martín cargaba a su hermanita. Quería llorar, quería derrumbarse, pero no podía.

Abrió sigilosamente la puerta trasera y después de comprobar que no había nadie, salió con sus hijos. Cuando llegaron al palo de mangos se agacharon. Ya habían llegado a la propiedad y tocaban la puerta principal con intención de tumbarla. Marina agarró a la niña y le entregó el machete a Martín, le dijo que corriera monte abajo hasta llegar a la carretera, que nunca mirara hacia atrás, que ella lo seguiría.

En ese momento sintieron un estrépito detrás de ellos. Habían echado la puerta abajo e ingresado, arrasando con todo a su paso. Marina y Martín comenzaron a correr. Las ramas y piedras en la trocha cortaban sus pies desnudos, pero ninguno de los dos se quejaba ni lloraba. Escuchaban a lo lejos explosiones, gritos, caos, terror. Llegaron al río y lo pasaron como pudieron, con el agua alcanzando la cintura de ella y los hombros de él. Cuando ya estaban del otro lado se dieron cuenta de que los perseguían. Se escondieron entre la maleza del monte, Martín cargó a Juliana mientras su madre sostenía el machete. No era el momento de rendirse, era lo que se repetía en su mente una y otra vez mientras todo su cuerpo temblaba, daba igual si por el frío o por el miedo.

Los tres vieron luces de linternas acercándose. Martín, escondido entre las ramas, se aferraba a su pequeña hermana. Le fue inevitable cerrar los ojos, por el miedo, por el horror que le calaba los huesos. Juliana, en los brazos de su hermano, levantó la mirada al cielo y unas primeras gotas de agua cayeron sobre su rostro. Las gotas se convirtieron en lluvia y la lluvia dio paso a una tormenta, una como hace meses no tenían en el pueblo. Las luces de las linternas comenzaron a alejarse. Marina le pidió a Martín que siguieran caminando

hacia el monte, por el camino más largo, el más difícil, el más inseguro, pero el menos desesperanzador.

Llegaron a la carretera recién pasadas las cuatro de la mañana, empapados, temblando, solo con un machete de equipaje. Se ocultaron entre unas ramas esperando que llegara la luz del día, pero primero asomaron las luces de un bus. Marina agarró a sus hijos y se paró en la mitad del camino. El bus frenó en seco. La mujer y los dos niños miraron al conductor mientras abría la puerta.

-¿Para dónde van? -les preguntó el hombre.

-Para muy lejos -respondió ella.

Con un movimiento de su cabeza les indicó que subieran. En el interior sólo se encontraban cinco personas más, todas con la misma expresión de miedo en sus rostros. Marina se sentó en la última banca abrazada a sus dos hijos, mientras una mujer les ponía una cobija encima. Por primera vez, ese día, la pequeña Juliana cerró los ojos. Cuatro horas más tarde llegaron a Medellín, Marina y sus hijos, con tan solo un machete de equipaje, y todos los pasajeros del bus cargando a cuestas la incertidumbre y el horror de quienes han sido condenados al exilio.

Mauricio Gómez Acevedo es Comunicador Audiovisual y Multimedial de la Universidad de Antioquia. En 2022 fue finalista del XV Concurso Nacional de Novela y Cuento de la Cámara de Comercio de Medellín con la novela, *Salto al vacío*. "Me gusta leer, ver y escribir historias. Me apasionan el cine, los relatos audiovisuales y la literatura".